

# TEXTOS DE I LOUISE

## *Diferentes Capítulos del libro*

### ÍNDICE

|  |     |
|--|-----|
| 1. ¿Y si el mal fuera algo sublime?                | 11  |
| 2. Lo auténtico viene y te penetra en silencio     | 16  |
| 3. Olivia está cansada de tanto pensar             | 25  |
| 4. Bailo yo, bailas tú, la Danza de la Soledad     | 35  |
| 5. Este amor de mentira no hay quien lo aguante    | 74  |
| 6. A Alfred lo hicieron lesbiano las mujeres       | 93  |
| 7. Al final acabas caminando sola                  | 110 |
| 8. Despídanse de lo que creen ser                  | 118 |
| 9. Quiero entrar en la eternidad                   | 130 |
| 10. Eres un muerto que busca la Vida               | 140 |
| 11. ¿Es la realidad tan consistente como la vemos? | 148 |
| 12. La mosquita muerta de Louise                   | 158 |
| 13. Todo demasiado perfecto                        | 169 |
| 14. Crear nuestro sentido nos autolimita           | 180 |
| 15. Se sentía más deseada que comprendida          | 198 |
| 16. Necesita ir al Infierno a refrescar la memoria | 209 |
| 17. La ingenuidad abre a lo insondable             | 221 |
| 18. Nicole se ha fumado un canuto                  | 231 |
| 19. El Destino te atrapa en el momento preciso     | 247 |
| 20. Olivia me está dejando por inútil              | 263 |
| 21. ¿Me seducirás tú, o tendré que seducirte yo?   | 276 |
| 22. Se hace real lo que se desea y se teme         | 291 |
| 23. Seré mi Rey, mi Dios, y mi única razón de ser  | 305 |
| 24. Espejito, espejito, ¿quién es la más bella?    | 313 |
| 25. Las imposiciones avivan la insolencia          | 342 |

## 26. El Poder, ¿qué Poder?

“Fui a Washington para relajarme un poco.

—Alfred, Alfred, la lluvia te reclama— escuché decirme.

En medio de aquel luminoso renacer interno vi al Mal como una opción decididamente alejada. Un poder de convicción nada despreciable, ya se sabe, pero fácil de sobrellevar si uno se encuentra establecido en una calidad de propósito bien definida. Todo ello, naturalmente, teniendo en cuenta la incertidumbre de si ya se trata de un asentamiento existencial establecido, consecuencia de un cambio sustantivo, o, por el contrario, de una de aquellas determinaciones transitorias que se toman en momentos excepcionales, cuando uno hace el firme propósito de ser más bueno de ahora en adelante. De arrimarse decididamente a una causa universal que le aleje del egoísmo y la frialdad. Bastante difícil de saber, la verdad. Sí, pero esta vez me pareció un cambio profundo, uno de aquellos hechos irreversibles que afectan los mismísimos fundamentos del ser.

—¿Había sido aquel zarpazo siniestro, las voraces llamaradas de fuego purificante, o la conversación decisiva con el Conde de Saint Germain?— me pregunté sin encontrar respuesta.

Algo había ocurrido, me sentía muy transformado.

—Kumbha comienza a inquietarse, este Alfred parece que quiera renegar de sus principios. La influencia del Alquimista francés metido a Ministro de la Guerra ha sido nefasta, y el zarpazo de Kumbha fatídico a la hora de despertarle el patriotismo. Ya te advertí que sería peor, Khara, Alfred se crece con el infortunio. Por compleja que se presente la adversidad, siempre acaba recomponiendo la circunstancia a su favor para sacar el máximo provecho de ella. Tiene un espíritu demasiado ágil. Su ingenuidad le hace flexible en extremo, habrá que hacerle vulnerable con propuestas ambiciosas que pongan directamente a prueba su impulsividad y su falta de reflexión— dice el príncipe Aksha a un Khara que no da crédito a lo que está viendo.

Caminé hasta las escaleras que ascienden a la estatua sedente de Abraham Lincoln, acompañado por el eco de lejanos tambores. Allí estaba, inmóvil como una piedra, sin musitar palabra, con la mi-

rada serena de los que creen que por encima de credos y religiones existe la Infinitud. Blanco y solemne.

Intuyo que algo enraizado en la naturaleza humana se opone a que florezca su verdadera naturaleza. ¿En virtud de qué extraña maldición nos negamos a nosotros mismos con tanto ahínco? Algunos dicen que nos negamos porque somos tontos.

—Ignorarse es una forma de negarse— dice Olivia.

—Ya se ve que un hombre que regala un anillo de bodas a su mujer con la inscripción *El Amor es Eterno*, participa de un orden de cosas que va más allá de lo humano que conocemos. Alguien para quien existe un contexto que sobrepasa lo propio, con el que entroncar para elevarse a una dimensión universal— me dije al verlo tan sereno, petrificado, tan blanco, tan tierno.

—Aksha, todo esto son intrascendencias. Lo verdaderamente peligroso de Alfred es que para hacerse más humano es capaz de transformar a toda la humanidad si es necesario.

—Le resulta imperativo, Khara. Su destino pasa por hacer más humano a lo humano, por devolver la especie humana a la dignidad que le corresponde, la que le permitirá acceder a las alturas. El pacto de Rama parecía una treta impensable, un juego inverosímil del que todos nos reímos, sólo Alfred tenía la consciencia precisa de su alcance. Ahora, ya ves: además de factible, casi realizado. Y por si no fuera poco, los patriotas de esta nación comienzan a despertarle el regusto olvidado por la heroicidad y la gesta. Recuerda, Khara, que Alfred fue un héroe de los más grandes que conocemos. ¿Tan extraño resulta pensar que pudiera llegar de nuevo a libertador o caudillo? ¿Crees que la idea de arremeter contra los enemigos de la humanidad habría de resultarle insólita, por más desproporcionada que parezca al común de los mortales? ¿Acaso no ha defendido causas mayores delante de nuestros propios ojos? Puede y lo necesita, éste es el peligro. -

Ganar aquella contienda significaría un paso definitivo hacia la libertad, perderla iba a representar un retroceso mayúsculo hacia la indignidad. Perder una batalla en defensa de la libertad siempre supone la ignominia de muchos años de sufrimiento. Lo infausto de la esclavitud impuesta por alguna tiranía.

—Un creciente dominio sobre la tecnología de la transformación sin que seamos auténticamente libres, tendrá como consecuencia más dominación y nuevas formas de esclavitud. La Historia lo dice bien claro— me dije.

Tenía que alertar inmediatamente al poder.

¿A qué poder?

¿Quién es el poder, finalmente?

La idea se desvanecía en el acto sólo de pensarla. Nadie tenía la fuerza necesaria para enfrentarse con el poder que había presentado batalla. Se manejaban otras Leyes, ninguna de las que un Gobierno puede decretar y aprobar. Ningún Gobierno dispone de la universalidad suficiente para combatir el reto que tenemos planteado: la acción ejecutada desde lo Invisible.

—Los Gobiernos carecen del conocimiento necesario. Conocimiento es Poder. Para nuestra desgracia, el Conocimiento nunca ha sido prioridad de ningún Gobierno. No podemos enfrentar un desafío capaz de cambiar un Gobierno sin que nadie lo perciba. Urgen otras armas, otro ejército, delinear otro frente. Tenemos planteada una guerra solapada. Se lucha en el nivel de lo invisible: más que un aliado, el Poder establecido es un frente perdido. Siempre nos extraviarnos por donde menos habíamos previsto. Siempre hay un enemigo que va más lejos en sus planes de ataque que nosotros en los de defensa. Ahora lo inmaterial, lo invisible: lo peor. Sí, lo peor. Con mucha diferencia. Cuántos años perdidos en fabricar bombas inteligentes, y qué pocos en tratar de rasgar el velo de lo invisible. El enemigo se nos ha vuelto a adelantar con su estrategia de muerte— me dije.

— *No te preguntes qué puede hacer tu país por ti, pregúntate que puedes hacer tú por tu país.* Ya escuchaste al insigne John F. Kennedy.

La voz amiga del Presidente Abraham Lincoln, como de carne y hueso recostado en su sillón. Sentí alegría y consuelo. ¿De qué podía extrañarme ya?

¿De que el Presidente Lincoln me hablara en tono conciliador? Necesitaba hablar con el Presidente, con alguno, el que fuera, y explicarle las inquietudes de un ciudadano preocupado por la gravedad que planea sobre su país, y que no tiene a quién acudir.

—El Presidente es el inocente reflejo de la nación. Lo que define y obliga al país es la calidad de la consciencia colectiva de sus ciudadanos, no lo que decreta su Presidente. Cuando el Presidente rubrica una ley, se limita a poner de manifiesto lo que la consciencia colectiva ya determinó con anterioridad. Lo que firma ya era Ley antes de que se redactara. Aunque últimamente muchos creen que el Presidente es la esplendorosa Hada Madrina que arreglará el país

con unos toques de su varita mágica. O estén convencidos de que a los dictadores se les quita y se les pone cuando a uno se le antoja, y de que las democracias se restauran a golpe de voluntad, por las armas, simplemente porque favorecen los intereses económicos de algunos.

..... **SIGUE** .....